

Un pueblo de santos. La santidad marianista.

En 1826 Chaminade escribía al sacerdote Noailles: “El espíritu principal de la Compañía consiste en presentar al mundo el espectáculo de un pueblo de santos, y de probar que hoy como en la primitiva Iglesia, que el Evangelio puede ser practicado en todo el rigor del espíritu y de la letra”. El beato Chaminade deseaba que todos sus discípulos, los seglares de la Congregación mariana, las religiosas Hijas de María y los religiosos de la Compañía de María, también los afiliados a la Compañía, y ahora la Alianza Marial, todos formásemos “un pueblo de santos”. Algunos de estos discípulos han sido declarados modelos de santidad e intercesores de la Familia Marianista, con Chaminade a la cabeza: los beatos Chaminade y madre Adela, los beatos mártires Carlos, Fidel, Jesús, Gapp, Miguel, Florencio, Sabino y Joaquín, los venerables Lamourous, Faustino, Domingo y Vicente y los siervos de Dios Michel y padre Halter. Nada mal, ¿eh?

En un bello y completo artículo del *Diccionario de la Regla de Vida Marianista*, el padre Salaverri hace una estupenda exposición doctrinal de la santidad marianista en nuestros orígenes, en la tradición de la Compañía y en la espiritualidad marianista renovada a partir de la teología de la vida consagrada de los documentos del Concilio Vaticano II.



**Icono marianista del P. Salvatore Santacroce, sm
Capilla de Villa Chaminade, Pallanza, Italia.**

Nuestro Fundador resume su ideal de santidad para los dos Institutos que había fundado en estas palabras a don Luis Rothéa en 1822: “¡Cuánto deseo que seáis santo! Hagamos sinónimas estas expresiones: ¡santo e hijo de María!”; y en carta a Adela de Batz de Trenquelléon: “Con santas llegaremos al cabo de todo; con religiosas ordinarias o imperfectas, no haremos casi nada”. Por eso, y en el primer artículo de las primeras Constituciones de 1839, se puede leer que “la pequeña Compañía que ofrece sus débiles servicios a Dios y a la Iglesia, bajo los auspicios de la augusta María, se propone dos objetivos principales: 1º) elevar a cada uno de sus miembros, con la gracia de Dios, a la perfección religiosa [...]”. Donde debemos entender el término “perfección” como “santidad”. Explica el padre Salaverri que “la versión española emplea “santificación” en los artículos 49 y 4.17a. En el artículo 1, la traducción española emplea la palabra “perfección”, pero en el sentido de plenitud. En el artículo 33 se encuentra dos veces la palabra “santo” (“pueblo de santos”). En los artículos 34 y 49 habla de “santidad” ”.

Por lo tanto, la plenitud evangélica o perfecta imitación de Cristo, a la que es llamado el religioso marianista se llama “santidad”. Este es el motivo principal por el que hemos ingresado en la vida religiosa marianista y es la condición necesaria para cumplir la segunda finalidad propuesta por las Constituciones de 1839: Trabajar por la salvación de las almas y por la propagación del Evangelio.

Pero más claro que mi explicación es que leáis el citado artículo del padre Salaverri y el capítulo dedicado a la santificación personal que se expone en el *Espíritu de nuestra Fundación*. En ambos textos encontraréis las palabras del Fundador y de sus discípulos y los artículos de la Regla de Vida Marianista, renovada, de 1983. Buena lectura espiritual para las vacaciones de verano.

José María Salaverri, *Sainteté*, in *Dictionnaire de la Règle de Vie Marianiste*, Roma, CEMAR, 1988, 792-808.

Idem, *Holiness*, in *Commentary on the Rule of Life of the Society of Mary*, Dayton, NACMS, 1994, 579-603.

Idem, *Santidad*, in *Diccionario de la Regla de Vida Marianista*, Madrid, ed. SM, 1990, 689-702.

La sanctification personnelle du religieux, première fin de la Société de Marie, in *L'Esprit de notre Fondation, d'après les écrits de M. Chaminade et les documents primitifs de la Société*, Nivelles, Imprimerie Louis Havaux-Houdart, 1910, vol. I, 51-72.
The Personal Sanctification of the Religious, the First End of the Society of Mary, in *The*

Spirit of Our Foundation, according to the Writings of Father Chaminade and of Our First Members in the Society, Dayton, St. Mary's Convent, 1911, vol. I, 53-74.